



EL SERVICIO DE LOS CARISMAS.

Si bien los carismáticos, o movimiento de renovación espiritual, han estado siempre en la Iglesia de Cristo (léase Hechos 2 con los carismas de Pentecostés, y todo ese libro con las curaciones y milagros apostólicos, o también I Corintios 12-14, donde San Pablo regula el ejercicio de los carismas), desde la segunda mitad del siglo XX se han hecho más manifiestos en el contexto popular del pueblo cristiano, ya sea en su vertiente carismática católica o pentecostal evangélica.

Se caracterizan por su aspecto “extraordinario”, es decir, fuera de lo ordinario, de lo común.

En sí no hacen a la santidad del individuo, ni el poseerlos significa que uno es más o menos santo.

No entran en el así denominado desarrollo normal de la vida cristiana.

Pero están al servicio de la comunidad, y ejercitados con espíritu de humildad, solidaridad generosa y servicio desinteresado, no deja de redundar en gracia del que lo posee y de quienes son beneficiarios de una o de otra manera de ellos.

Mencionemos algunos:

Está el así llamado “descanso en el espíritu”: El que preside la oración tiene el carisma de que, tocando con un leve movimiento la frente de aquél a quien Dios a dispuesto y preparado, lo hace “caer”, es decir, salir momentáneamente del tiempo y del espacio cronológicos, colocándolo en un estado de suspensión de los sentidos, lo que produce realmente un descanso psicológico, emotivo, espiritual, y también físico, por qué no. Se sale de la medida del movimiento (cronos), que es el tiempo, y de alguna manera se entra en el tiempo de Dios (evo) mediante esa intervención “salvífica” (kairós) del que hace de mediador junto a Jesús en ese momento (el que preside la oración).

Otro carisma habitual en este tipo de grupos y encuentros es el de la glosolalia, o “don de lenguas”: A través de un pastor y grupo carismáticos, generalmente por imposición de manos, que no es un sacramento, sino un signo “sacramental” de transmisión o comunicación de algo, se produce la “efusión” del Espíritu Santo, ya recibido en el Bautismo, y éste se manifiesta a través de lenguas extrañas, en un lenguaje que pudo haber existido, o existe en otra parte, pero desconocido para el que lo emite.

A veces, junto al don de lenguas, viene simultáneamente el don de “interpretación de lenguas”: es decir, la capacidad de interpretar inteligiblemente lo que la persona va pronunciando, y de expresarlo en voz alta para la edificación de todos. Esta interpretación puede venirle a la misma persona que posee el don de lenguas o a otra. El don de lenguas es un don de oración (intercesión, súplica, petición, alabanza, glorificación de Dios) y/o de profecía.

En efecto, otro de los dones carismáticos es el de la “profecía”: Profetizar en estos grupos, es comunicar mensajes de esperanza y edificación para los oyentes. Nunca va más allá de lo que Dios revela en la Sagrada Escritura, y muchas veces es una explicitación de la misma o la actualización de ella para una circunstancia concreta. Esta profecía puede emitirse en la lengua común de todos, o “en lenguas”, en cuyo caso, para entenderla, se requiere que la misma persona u otra del grupo tenga el don de “interpretación de lenguas”.

Otro don muy buscado principalmente por los beneficiarios, es el de “curaciones”: El poseedor de este carisma tiene la capacidad de que, según la Voluntad de Dios, y para manifestar el poder del Mismo a la comunidad y suscitar la fe en Jesús Resucitado, victorioso y presente, puede curar a algunas personas, ya sea en su parte física o emotiva-psicológica (en este caso se

denomina “sanación”). También en su parte espiritual: en este caso tendríamos los “exorcismos”, que alejan la presencia de los demonios.

En I Corintios 12 se mencionan otros carisma, o impulsos del Espíritu Santo para la edificación de los demás: sabiduría para hablar, ciencia para enseñar, fe para mover montañas, y toda serie de milagros.

Un carisma muy importante es el de discernir los espíritus: Porque todas estas cosas puede provocarlas el Espíritu de Dios, el mismo demonio puede remedar muchos de estos hechos, o la histeria, egoísmo y autosugestión personal o colectiva. El discernimiento de espíritu permite darse cuenta de si el carisma proviene de Dios o no. Carisma fundamental en el pastor, y también en el rebaño de fieles.

Sin embargo, en el versículo 28 del capítulo 12 que venimos viendo de la I carta de San Pablo a los Corintios, dice que el carisma principal es el de los apóstoles, cuyos sucesores son lo Obispos: Así que de nada vale mover montañas si no se obedece al Obispo, sea éste quien fuere; se estaría desobedeciendo al mismo Espíritu de Dios, según San Pablo, y el carisma no sería auténtico.

En el capítulo 13 muestra el Apóstol la preeminencia del amor: Hacer milagros y curaciones, si no se hace por amor, sería pura vanagloria y ostentación, cuando no por otros motivos inconfesables. El amor no pasará nunca. Continuará en la eternidad, donde ya no harán falta los carismas extraordinarios, sino que Dios será todo en todos por ese amor.

En el capítulo 14 vuelve San Pablo al orden de los carismas y a que estos se coloquen al servicio de la comunidad. Carismas extraordinarios en servicio ordinario de cada día, discernimiento para saber si las cosas provienen de Dios o es el diablo que se viste de ángel de luz, o nuestra propia vanidad que quiere aparecer. Preeminencia del amor solidario, generoso y honesto en todas las cosas.

Gustavo Daniel D’Apice
Filósofo y Teólogo
Pontificia Universidad Católica
gusdada@uolsinectis.com.ar